



fiestas grecorromanas

Enero

Día 9. Jano era uno de los dioses más antiguos del panteón romano, bajo cuya protección estaban los pasos y los comienzos; era por tanto, el dios de la mañana, el del primer día de cada mes y, tras la reforma del calendario del año 153 a. C., el del primer mes del año, que pasó a denominarse con su nombre, *lanuarius*. Se le representaba con dos caras, una, la de un joven, mirando a Oriente, por donde nace el sol, y otra, la de un anciano, hacia Occidente, por donde se pone; también se interpretaba que ambos rostros hacían alusión al tiempo: la del anciano contemplaba el año transcurrido, la del joven, el año que acababa de comenzar. Su fiesta, el **Agonal de Jano**, se celebraba en este día: un sacerdote especial, «el Rey de las ceremonias sagradas», sacrificaba un carnero en honor del dios.

Tercera semana. Con las **Leneas** se conmemoraba en Atenas la invención del lagar (en griego, lenós), por lo que estas fiestas estaban dedicadas a Dionisio, el dios del vino. La fiesta tenía dos partes: una procesión de bacantes hasta el templo conocido como Leneón, y un concurso de comedias y tragedias, en el teatro que el dios tenía al pie de la Acrópolis.

Febrero

Había sido Febrero el último mes del antiguo calendario romano y por eso estaba dedicado a Februo, dios de las purificaciones, para acabar el año limpio de las faltas que voluntaria o involuntariamente se pudieran haber cometido contra los dioses.

Día 15. En honor de Fauno, una deidad de los campos y los bosques, que dota de fertilidad al ganado, se celebraban **las Lupercales**, una fiesta muy relacionada con los orígenes de Roma. Efectivamente, las ceremonias van a comenzar en el Lupercal, una gruta del monte Palatino, que se suponía era la guarida de la loba -en latín *lupa*- que amamantó a Rómulo y Remo, nombre que también alcanza a los doce sacerdotes, los Lupercos, que se ocupaban de los ritos de este día. Comenzaba la fiesta con el sacrificio de una cabra, con cuya sangre se embadurnaban la cara los sacerdotes, ataviados únicamente con un taparrabo y una corona de hierba; con la piel de la víctima se confeccionaban unas correas, denominadas *februa*, y con ellas en la mano los Lupercos echaban a correr en torno al Palatino, azotando a todas las mujeres que se encontraban en su camino, dándose la circunstancia de que éstas no intentaban esquivarlos, sino que, al contrario, les salían espontáneamente al paso, ya que creían que los golpes así recibidos les proporcionaban la fecundidad. Fue con ocasión de las Lupercales celebradas en el año 44 a.C., cuando Marco Antonio, uno de los Lupercos, coronó simbólicamente a Julio César como rey, acción que desencadenó la conjuración que acabaría con la vida de éste justo un mes después. Estas fiestas gozaron de gran popularidad incluso durante el Cristianismo, despojadas, eso sí, de su carácter pagano, hasta que en el año 494 fueron prohibidas definitivamente y sustituidas por la fiesta de la Purificación de la Virgen y la procesión de las candelas, trasladadas al día 2 del presente mes.

Tercera semana. Las **Antesterias** eran unas fiestas florales (*anthos*, «flor») con que los atenienses honraban, una vez más, a Dionisio durante tres días, los dos primeros dedicados a la diversión y la alegría, el último, al duelo y al luto. Cada día tenía un nombre propio y ritos específicos. El primero se denominaba *Pithoígia*, es decir, «Apertura de las tinajas», y la fiesta consistía, como su nombre indica, en probar el vino nuevo, acto en que participaba todo el mundo, libres y esclavos, hombres y mujeres e, incluso, los niños a partir de los tres años. El segundo día recibía el nombre de *Chóes*, «Cántaros»; se celebraba un banquete en el que tenía lugar una competición de bebedores de vino y se procedía, a continuación, a celebrar la boda del dios Dionisio -representado por una estatua de madera- con la esposa del gobernante supremo de Atenas, el arconte rey, concluyendo la ceremonia con una procesión báquica. El último día, *Chýtroi*, «Ollas», era de mal agüero, pues estaba dedicado a los difuntos, cuyas almas, que se suponía rondaban en torno a la ciudad, debían ser aplacadas con ollas de legumbres cocidas.

*José Contreras Valverde
Catedrático de Latín y Escritor*